



CAPÍTULO XI

París en vísperas del 14 de julio

LA atención de los historiadores está generalmente absorbida por la Asamblea Nacional. Los representantes del pueblo, reunidos en Versalles, parece que personifican la Revolución, y sus menores palabras y sus actitudes son recogidas con piadosa devoción. Sin embargo, el corazón y el sentimiento de la Revolución no estaban allí, estaban en París.

Sin París, sin su pueblo, la Asamblea no era nada. Si el temor a París rebelde no hubiera retenido a la corte, ésta hubiera seguramente disuelto la Asamblea, como se ha visto tantas veces después: el 18 brumario y el 2 de diciembre en Francia, y recientemente aún en Hungría y en Rusia. Sin duda, los diputados hubieran protestado; algunos hubieran pronunciado bellas palabras, y otros hubieran

intentado quizá sublevar las provincias... pero sin el pueblo *dispuesto a sublevarse*, sin un trabajo revolucionario realizado en las masas, sin un llamamiento al pueblo para la rebeldía, hecho directamente de hombre a hombre y no por manifiestos, una asamblea de representantes es poca cosa para un gobierno establecido, con su red de funcionarios y su ejército.

Gracias a que París velaba: mientras la Asamblea Nacional dormía en una seguridad imaginaria y el 10 de julio volvía a ocuparse tranquilamente del proyecto de Constitución, el pueblo de París, al que los más audaces y perspicaces burgueses habían recurrido, se preparaba a la insurrección. En los barrios populares se repetían los detalles del golpe militar que la corte preparaba para el día 16; se sabía todo, hasta la amenaza del rey de retirarse a Soissons y de entregar París al ejército, y la gran agitación se organizaba en sus distritos para responder a la fuerza por la fuerza. Los «auxiliares sediciosos» con que Mirabeau había amenazado a la corte, habían sido llamados, en efecto, y en las sombrías tabernas de las afueras, el París pobre y andrajoso discutía los medios de «salvar la patria» y se armaba como podía.

Centenares de agitadores patriotas, «desconocidos», por supuesto, hacían todo lo posible para conservar la agitación y atraer el pueblo a la calle: los petardos y los fuegos artificiales, dice Arthur Young, era uno de los medios en boga; se vendían a mitad de precio, y cuando se reunía una multitud para contemplar un fuego artificial en una encrucijada callejera, uno comenzaba a arengar al pueblo refiriendo las noticias de los complots de la corte. Para disolver esas agrupaciones, «antes hubiera bastado una compañía de suizos; hoy se necesitaría un regimiento; dentro de quince días sería necesario un ejército», decía Arthur Young en vísperas del 14 de julio (p. 219).

En efecto, desde fin de junio, el pueblo de París estaba en ebullición plena y constante y se preparaba para la insurrección. Ya en principios de junio se esperaban motines, a causa de la carestía de los trigos, dice el librero inglés Hardy, y si París se contuvo hasta el 25 de junio, débese a que hasta la sesión regia esperaba que la Asam-

blea haría algo; pero el 25, París comprendió que no le quedaba más esperanza que la insurrección.

Una multitud tumultuosa de parisienses se dirigió a Versalles dispuesta a provocar un conflicto con las tropas. En París mismo se formaban por todas partes grupos «dispuestos a llegar a los más horribles extremos», se lee en las Notas secretas dirigidas al ministro de negocios extranjeros, publicadas por Chassin (*Les Elections et les*



FRATERNIDAD DE SOLDADOS Y POPULARES

« ¡ABAJO EL SOLIDEO! »

cahiers de Paris, París, 1889, t. III, p. 453). « El pueblo ha estado en movimiento toda la noche, ha hecho luminarias y ha tirado innumerables cohetes ante el Palacio Real y la Contaduría general». Se gritaba: « ¡Viva el duque de Orleans! »

Aquel mismo día, el 25, los soldados de la Guardia francesa fraternizaban bebiendo con el pueblo, que los atraía a diversos barrios y recorrían las calles gritando: *¡Abajo el solideo!*

Entretanto, los «distritos» de París, es decir, las asambleas primarias de los electores, sobre todo las de los barrios obreros, se consti-

tuían regularmente y tomaban sus medidas para organizar la resistencia en París. Los « distritos » estaban en relaciones constantes entre sí, y sus representantes hacían esfuerzos continuados para constituirse en cuerpo municipal independiente. El 25, Bonneville lanzó ya el llamamiento a las armas en la asamblea de los electores e hizo la proposición de constituirse en *Commune*, fundándose en la historia para motivar su proposición. Al día siguiente, después de haberse reunido previamente en el museo de la calle Dauphine, los representantes de los distritos se dirigieron al Hôtel de Ville. El 1.º de julio celebraron su segunda sesión, cuya acta publica Chassin, t. III, páginas 439-444, 458, 460. Constituían así el « Comité permanente » que funcionó durante la jornada del 14 de julio.

El 30 de junio, un simple incidente, el arresto de once soldados de la Guardia francesa, que habían sido encerrados en la cárcel de la Abadía por haberse negado a cargar con bala sus fusiles, bastó para producir un motín en París. Cuando Loustalot, redactor de las *Revoluciones de París*, en el Palacio Real, subió sobre una silla frente al café Foy y arengó a la multitud sobre ese asunto, cuatro mil hombres se dirigieron inmediatamente a la Abadía y libertaron los soldados detenidos. Cuando vieron los carceleros llegar aquella multitud, comprendieron que la resistencia sería inútil, y entregaron los presos al pueblo, y cuando acudieron a escape los dragones, dispuestos a lanzarse contra el pueblo, vacilaron, envainaron sus sables y fraternizaron con la multitud, incidente que hizo temblar a la Asamblea cuando supo al día siguiente que la tropa había pactado con el motín. — « ¿ Hemos de convertirnos en los tribunos de un pueblo desenfrenado ? » se preguntaban aquellos señores.

Pero el motín rugía ya en los contornos de París. En Nangis se había negado el pueblo a pagar los impuestos mientras no fueran fijados por la Asamblea; faltaba el pan, y como no se vendían más de dos celemines de trigo a cada comprador, el mercado estaba rodeado de dragones. Sin embargo, a pesar de la presencia de la tropa, hubo varios motines en Nangis y en otras villas de las inmediaciones. A cada paso surgía una querrela entre el pueblo y los tahoneros, y

entonces se tomaba todo el pan sin pagar, dice Young (p. 225). El 27 de junio, el *Mercurio de Francia* habla hasta de tentativas,



CAMILLO DESMOULINS

(Museo de Versalles)

hechas en diversos puntos, pero especialmente en San Quentin, de segar las cosechas sin madurar: tan grande era la escasez de este preciado cereal.

En París, los patriotas se inscribían ya en 30 de junio en el café de Caveau para la insurrección, y el día siguiente, cuando se supo que Broglie había tomado el mando del ejército—dicen los informes secretos—, se decía ostensiblemente en todas partes que «si la tropa disparaba un solo tiro *se pondría todo a sangre y fuego...* Se dicen otras cosas mucho peores, mucho más fuertes... *Las gentes prudentes no se atreven ya a salir a la calle*», añade el confidente.

El 2 de julio estalló el furor popular contra el duque de Artois y los Polignac. Se habló de matarlos, de saquear sus palacios; se pensó también en apoderarse de todos los cañones instalados en distintos sitios de París. Los grupos eran cada vez más numerosos y «el furor del pueblo era inconcebible», dicen los mismos informes. Aquel mismo día, dice el librero Hardy en su diario, estuvo a punto de salir «hacia las ocho de la noche, una multitud de furiosos, del jardín del Palacio Real», para librar a los diputados del Tercero, que se decía estaban expuestos a ser asesinados por los nobles. Desde aquel día se hablaba de apoderarse de las armas existentes en los Inválidos.

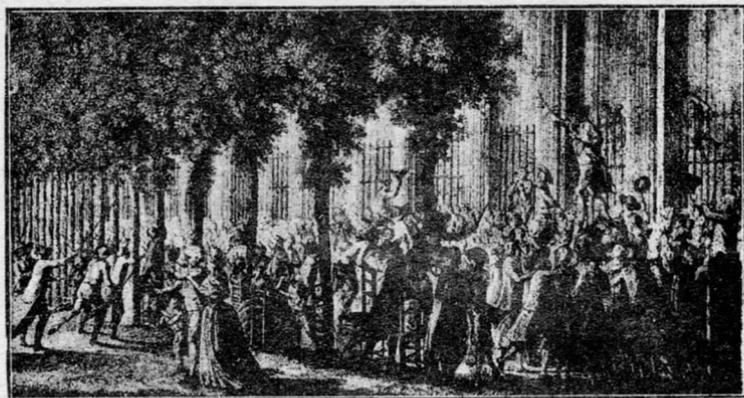
El furor contra la corte marchaba a la par con los furores inspirados por la escasez. En efecto, los días 4 y 6, en previsión del saqueo de las tahonas, circulaban patrullas de guardias franceses por las calles, dice Hardy, y vigilaban la distribución del pan.

El 8 de julio estalló en el mismo París un preludio de la insurrección entre los veinte mil obreros sin trabajo que ocupaba el gobierno en hacer excavaciones y terraplenes en Montmartre. Dos días después, el 10, corría ya la sangre, y aquel mismo día comenzaron a arder las puertas de la ciudad; incendiaron la de la Chaussée-d'Antin, y el pueblo se aprovechaba para entrar provisiones y vino sin pagar derecho de consumos.

¿Habría hecho Camilo Desmoulin el día 12 su llamamiento a las armas ni no hubiera estado seguro de que sería aceptado, si no hubiera sabido que París se sublevaba ya, y que doce días antes Loustalot sublevó la multitud por un hecho de menor importancia, y que a la sazón el París de los suburbios y de los barrios bajos sólo esperaba la señal, la iniciativa, para insurreccionarse?

La fuga de los príncipes, seguros del éxito, precipitó el golpe de Estado, preparado para el día 16, y el rey se vió obligado a obrar antes que llegaran los refuerzos de Versalles (1).

Necker fué despedido el día 11, el duque de Artois le dió una puñada en la nariz cuando el ministro se dirigía a la sala del Consejo, y el rey, con su picardía ordinaria, fingía no saber nada cuando ya había firmado el despido. Necker se sometió, sin la menor réplica,



CAMILO DESMOULINS EN EL PALACIO REAL EL 12 DE JULIO DE 1789

a las órdenes de su amo; hasta entró en sus planes y supo arreglar su partida a Bruselas sin suscitar sospechas en Versalles.

París no lo supo hasta el día siguiente, el 12, hacia el mediodía. Su despedida era esperada; debía ser considerada como el principio del golpe de Estado. Repetíase la frase del duque de Broglie que, con sus treinta mil soldados situados entre París y Versalles, «respondía de París», y como circulaban rumores siniestros desde la mañana acerca de las matanzas preparadas por la corte, el «todo París revolucionario» se dirigió en masa al Palacio Real. Allí llegó el correo anunciando la noticia del destierro de Necker: la corte se había decidido, pues, a romper las hostilidades... Entonces Camilo Desmoulin, salió

(1) Véanse las cartas del enviado sajón Sa.mour, a Stutterheim, del 19 de julio y del 20 de agosto. Archivos de Dresde, citadas por Flammermont, *La Jornada del 14 de julio 1789*, por Pitra. Publicación de la Sociedad de la Historia de la Revolución Francesa, 1892.

de uno de los cafés del Palacio Real, del café Foy, con una espada en una mano y una pistola en la otra, subió sobre una silla y lanzó su llamamiento a las armas; desgajó una rama de árbol, tomó, como se sabe, una hoja verde como escarapela y signo de unión, y su grito: *¡No hay que perder un momento: a las armas!* se repitió en los suburbios y en los barrios populares.

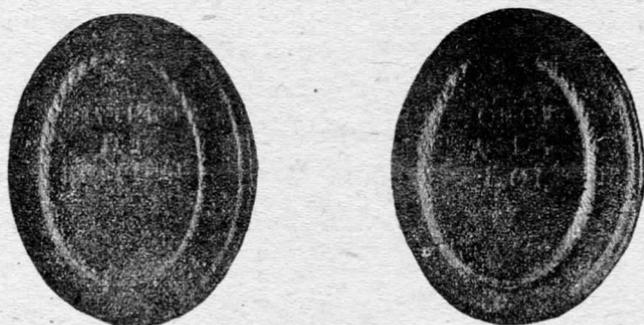
Por la tarde se organizó una inmensa manifestación ostentando los bustos del duque de Orleans y de Necker velados con un crespón (se decía que el duque de Orleans había sido también desterrado), atravesó el Palacio Real, siguió la calle de Richelieu y se dirigió hacia la plaza de Luis XV (hoy Plaza de la Concordia), ocupada por la tropa: suizos, infantería francesa, húsares y dragones, al mando del marqués de Besenval. Las tropas se vieron pronto envueltas por el pueblo; trataron de rechazarle a sablazos, y se mantuvieron firmes; pero ante aquella multitud innumerable que empujaba, envolvía y oprimía rompiendo sus filas se vieron forzadas a retirarse. Por otra parte, se supo que los Guardias franceses habían disparado algunos tiros contra «el Real Alemán», regimiento fiel al rey, y que los suizos se negaban a hacer fuego contra el pueblo. Entonces Besenval, que al parecer no tenía gran confianza en la corte, se retiró ante la ola ascendente del pueblo y fué a acampar en el Campo de Marte (1).

La lucha se había entablado ya. ¿Cuál sería el resultado final, si la tropa, fiel al rey, hubiera recibido la orden de marchar sobre París? En tal situación, los revolucionarios burgueses se decidieron a aceptar, aunque con repugnancia, el medio supremo, el llamamiento al pueblo. El toque de rebato sonó en todo París, y en los suburbios y los barrios bajos se empezó a forjar picas (2). Poco a poco comenzaron a salir a la calle hombres armados, que durante toda la noche

(1) «Los Guardias franceses, unidos al populacho, han hecho fuego contra un destacamento del regimiento Real Alemán, situado en el boulevard, bajo mis ventanas. Han resultado dos hombres y dos caballos muertos», escribía Simolin, ministro plenipotenciario de Catalina II en París, al canciller Osterman, el 13 de julio. Y añadía: «Anteayer y ayer por la noche se quemó la puerta Blanca y la del faubourg Poissonniere.» (Conches, *Lettres de Louis XVI*, etc., p. 223).

(2) Se fabricaron 50.000, lo mismo que «toda clase de armas subalternas», a expensas de la ciudad, dice Dusault (*L'Œuvre de sept jours*, p. 203).

obligaban a los transeuntes a dar dinero para comprar pólvora. Todas las oficinas de consumos de las puertas, desde el faubourg San Antonio hasta el de San Honorato, lo mismo que las de San Marcelo y Santiago, fueron incendiadas: las provisiones y el vino entraban libremente en París. El toque de rebato no cesó en toda la noche, y la burguesía tembló por sus propiedades, porque hombres armados de picas y de palos, se esparcieron por las calles y saquearon las casas de algunos enemigos del pueblo, de los logreros, y llamaban a las puertas de los ricos en demanda de pan y de armas.



MEDALLA DE DISTRITO

El día siguiente, el 13, el pueblo se dirigió ante todo adonde había pan, especialmente al monasterio de San Lázaro, que fué asaltado a los gritos de *¡Pan, Pan!* Cincuenta carros se cargaron de harina, no tomados en forma de pillaje, sino para ser conducidos al Mercado, donde el pan sirve para todo el mundo. Del mismo modo dirigió el pueblo todas las provisiones entradas en París sin pagar el impuesto de consumos (1).

Al mismo tiempo el pueblo se apoderó de la cárcel de la Fuerza, donde entonces se detenía por deudas, y los libertados atravesaron

(1) «De todas partes se conducía al Hôtel de Ville un número infinito de carros que se habían detenido a las puertas de la ciudad, cargados de toda clase de provisiones, de vajilla, de muebles, de subsistencias, etc. El pueblo que ansiaba armas y municiones... llegaba en multitud y se hacía más exigente a cada momento.» Era el 13 de julio. Dusaulx, *L'Œuvre de sept jours*, en *Mémoires sur la Bastille*, Linguet-Dusaulx, publicadas por H. Monin, Paris, 1889, p. 197).

la ciudad dando gracias al pueblo; pero un motín de los presos del Châtelet fué apaciguado, aparentemente, por los burgueses, que se armaban apresuradamente y lanzaban sus patrullas a las calles. A las seis, las milicias burguesas, ya formadas, se dirigían, en efecto, al Hôtel de Ville, y a las diez de la noche, dice Chassin, entraban en servicio.

Taine y consortes, ecos fieles de los temores de la burguesía, tratan de hacer creer que el 13 « París estaba en poder de los bandidos »; pero esta aserción es negada por todos los testimonios de la época. Hubo, sin duda, transeuntes detenidos por hombres portadores de picas que les pedían dinero para armarse; hubo también, en las noches del 12 al 14, hombres armados que llamaban a las puertas de los ricos para pedirles comida y bebida o armas y dinero; está averiguado también que hubo tentativas de pillaje, puesto que testigos dignos de fe hablan de gentes ejecutadas en la noche del 13 al 14 por tentativas de este género (1), pero en esto, como en otras cosas, Taine exagera.

Aunque el hecho desagrade a los modernos republicanos burgueses, los revolucionarios de 1789 recurrieron a los « auxiliares comprometedores » de que hablaba Mirabeau, yendo a buscarlos en los tugurios de extramuros, e hicieron muy bien, porque si es verdad que hubo algunos casos de pillaje, en general, aquellos auxiliares, comprendiendo la gravedad de la situación, pusieron sus armas al servicio de la causa

(1) Las citas que M. Jules Flammermont da en nota de su obra sobre el 14 de juli (*La Journée du 14 juillet 1789, fragment des Mémoires de L.-G. Pittre*, con introducción y notas, París 1892), son decisivas en este asunto, más decisivas que su texto, que nos parece contradictorio en las páginas CLXXXI y CLXXXII. « En la tarde, dice el conde de Salmour, la guardia burguesa, ya formada, comenzó a desarmar a todos los indocumentados. Su vigilancia y la de los burgueses armados salvó todavía a París aquella noche... La noche pasó tranquilamente y con mucho orden; se detenía a los ladrones e indocumentados, y en los casos graves se ahorcaba a alguno sobre el terreno. » (Carta del conde de Salmour del 16 de julio 1789, *Archives de Dresde*). El pasaje siguiente, de una carta del Dr. Rigby, que M. Flammermont da en nota, p. CLXXXIII, y que traduzco textualmente del inglés, dice lo mismo: « Cuando llegó la noche, muy pocos individuos, que se habían armado la noche anterior, eran visibles. Algunos se habían negado a entregar las armas, y en el curso de la noche probaron cuán justos eran los recelos de los habitantes respecto de ellos, puesto que se dedicaron al saqueo; pero era demasiado tarde para hacerlo impunemente, y pronto fueron descubiertos y presos, y al día siguiente supimos que varios de aquellos miserables, cogidos *in fraganti*, fueron ahorcados. » (*Dr. Rigby's Letters*, p. 55 a 57.) Cuando se leen esos pasajes, no puede negarse que hay verdad en el testimonio de Morellet, según el cual « en la noche del 13 al 14 se cometieron excesos contra las personas y las propiedades ».

general y apenas se sirvieron de ellas para saciar sus odios personales o para aliviar su miseria.

Es también cierto que los casos de pillaje fueron muy escasos. Por el contrario, el espíritu de las multitudes armadas se elevó grandemente cuando supieron el compromiso que se había contraído entre las tropas y los burgueses. Los hombres de las picas se consideraron evidentemente como defensores de la ciudad, sobre quienes pesaba



ALZA-CUELLO DE OFICIAL CON LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

(Museo Carnavalet)

gravísima responsabilidad. Marmontel, enemigo declarado de la Revolución, expone, no obstante, este rasgo interesante:—«Los mismos bandidos, poseídos del terror (?) común, no cometieron ningún atropello. Las tiendas de los armeros fueron las únicas que se hicieron abrir, y en ellas no se tomó más que armas», dice en sus *Memorias*. Y cuando el pueblo condujo a la plaza de Grève el coche del príncipe de Lambese para quemarle, entregó la maleta y todos los efectos hallados en el coche al Hôtel de Ville. En el convento de los Lazaristas, el pueblo rehusó el dinero y no se apoderó más que de las harinas, las

armas y el vino, todo lo cual fué transportado a la Plaza de Grève. Nada se tocó aquel día, ni en el Tesoro ni en la Caja de Descuentos, observa el embajador inglés en su relación.

Lo que sí es cierto es el miedo de la burguesía a la vista de aquellos hombres y de aquellas mujeres haraposos, hambrientos, armados de palos y de picas «de todas clases»; el terror producido por aquellos espectros del hambre sueltos por las calles se apoderó por completo de la burguesía. Después, en 1791 y 1792, aquellos mismos burgueses que querían acabar con la monarquía, preferían la reacción antes que recurrir otra vez a la revolución popular. El recuerdo del pueblo hambriento y armado, entrevisto en los días 12, 13 y 14 de julio de 1789, era para la burguesía una obsesión.

«¡Armas!» tal era el grito del pueblo después de haber hallado un poco de pan. Buscábanse por todas partes, sin hallarlas, y entre tanto, día y noche se forjaban en los barrios populares picas de todas las formas imaginables con el hierro que se hallaba a mano.

La burguesía tampoco perdía el tiempo; a toda prisa constituía su autoridad: su municipalidad en el Hôtel de Ville y su milicia.

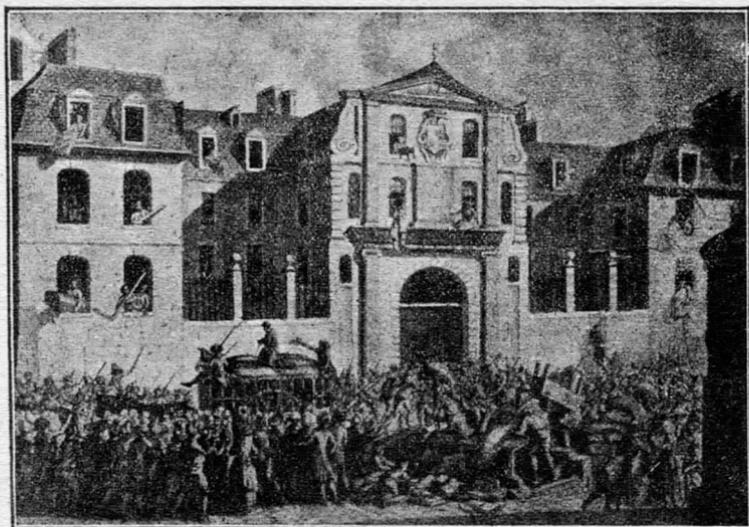
Sabido es que las elecciones para la Asamblea Nacional habíanse verificado en dos grados; pero hechas las elecciones, los electores del Tercero, a quienes se unieron algunos electores del clero y de la nobleza, habían continuado reuniéndose en el Hôtel de Ville, a partir del 27 de junio, con autorización de la Oficina de la Ciudad y del ministro de París. De esos electores partió la iniciativa de organizar la milicia burguesa. El 1.º de julio ya les vimos celebrar su segunda sesión.

El 12 de julio instituyeron un *Comité permanente*, presidido por el preboste de los mercaderes, Flesselles, y decidieron que cada uno de los sesenta distritos eligiera doscientos ciudadanos conocidos y en estado de llevar armas, que formarían un cuerpo de 12.000 hombres dedicados a velar por la seguridad pública. Esta milicia había de elevarse en cuatro días a la cifra total de 48.000 hombres, mientras el mismo Comité buscaba el medio de desarmar al pueblo.

«De ese modo, dice muy bien Luis Blanc, la burguesía se daba

una guardia pretoriana de 12.000 hombres. A riesgo de someterse a la corte, se quería desarmar el pueblo.»

En lugar del color verde de los primeros días, aquella milicia llevaría la escarapela roja y azul, y el Comité permanente tomó medidas para que el pueblo, al armarse, no invadiera las filas de la nueva milicia. Ordenó que todo el que llevara armas y la escarapela roja y azul, *sin haber sido inscrito en uno de los distritos*, fuese entregado



SAQUEO DE LA CASA SAN LÁZARO EL 13 DE JULIO DE 1789

a la justicia del Comité. El comandante general de esta guardia nacional fué nombrado por el Comité permanente en la noche del 13 al 14 de julio: fué un noble, el duque de Aumont. No aceptó, y entonces, en su defecto, otro noble, el marqués de la Salle, nombrado segundo comandante, tomó el mando.

En resumen, mientras el pueblo forjaba las picas y se armaba, mientras tomaba medidas para que no saliera la pólvora de París, mientras se apoderaba de las harinas y las conducía al mercado central o a la plaza de Grève, mientras el día 14 construía las barricadas para impedir la entrada de la tropa en París, se apoderaba de las

armas de los Inválidos y se dirigía en masa hacia la Bastilla para obligarla a capitular, la burguesía velaba por que el poder no se le escapase de las manos. La burguesía constituía, pues, la *Commune*, el Municipio burgués de París, que trató de reducir el movimiento popular, y a la cabeza de ese Municipio puso a Flesselles, el preboste de los mercaderes, que estaba en correspondencia con la Polignac para impedir o dificultar el levantamiento de París. Se sabe que el día 13, cuando se presentó el pueblo a pedirle armas, se hizo enviar cajones de ropa vieja en vez de fusiles, y al día siguiente puso en juego toda su influencia para impedir que el pueblo tomara la Bastilla.

Así es cómo, por parte de los diestros directores de la burguesía, comenzaba el sistema de traiciones que veremos producirse durante toda la Revolución.

